

Chomin Chiquito

Joanes Urkixo

Esta mañana, Chomin Chiquito se ha despertado con mucho apetito.

—¡Qué hambre tengo! —dice, frotándose el vientre—. Me voy a tomar un desayuno bien rico.

Efectivamente, Chomin se lo come todo: tres kilos de fruta, dos paquetes de galletas, una libra de pan con mantequilla, siete magdalenas, dos litros de Colacao y medio huevo frito que sobró de la cena. Pero el muy tragón sigue teniendo hambre.

—Sigo teniendo hambre, efectivamente —afirma, con mucha cultura—. Me comería un queso bien gordo.

Pero no tiene queso. Entonces se pone el abrigo y va a la tienda.

—Deme el queso más gordo que tenga —le dice a la tendera.

—Quesos gordos no me quedan —responde ella—. Sólo tengo quesitos de ratón.

Chomin está muy contrariado.

—¡Qué rabia! —exclama, rascándose la cabeza—. ¿Dónde habrá un queso bien gordo?

Entonces se acuerda de una cosa que un día le contó su abuelita, la que le contaba todos los cuentos.

—¡En la Luna! La Luna es un queso, efectivamente.

Muy contento, se coloca en la cabeza la boina de volar, que es una boina muy especial que nadie más en el mundo tiene.

Tira del rabito, y la boina da vueltas como loca. Chomin empieza a volar, y pronto vuela por encima del mar.

—¡Cuánta agua! —dice, admirado—. Ya habrá tenido que llover para llenar esto.

Cuando llega al horizonte, donde se acaba el mar, se da cuenta de que más lejos sigue habiendo mar.

—Éste es el cuento que nunca se acaba —reflexiona chasqueando la lengua—. Por aquí voy mal. La Luna está más arriba, efectivamente.

Después de un rato de respirar nubes, llega a la Luna, que es grande y gorda y de queso, como a él le gusta.



—Voy a ponerme las botas —dice relamiéndose—. ¿Por dónde empiezo?

Empieza a explorar por allí, y descubre que el suelo de la Luna está lleno de cosas: globos, pedales de bicicleta, trenes eléctricos y bocadillos de mortadela.

—Esto es muy raro, efectivamente —declara, intrigado.

Pero el hambre le puede, y va y se zampa de un bocado un monte que estaba algo limpio.

—¡Mm, mm! —se relame, satisfecho—. ¡Qué rico está! Si tuviera una escoba, barrería todo esto para seguir comiendo.

Pero entonces viene un cocodrilo muy verde y triste.

—Quieto, Chomin —le dice—, no te comas la Luna.

—¿Por qué, si está deliciosa?

—Porque la Luna es mi casa —responde el cocodrilo.

—¡Pues qué sucia la tienes! —critica Chomin señalando las cosas del suelo.

—Éstos son los objetos que se pierden en la Tierra. Todos vienen a parar aquí. La verdad es que son un problema.

—Bueno, pues yo me como la Luna —insiste Chomin sintiendo crujir sus tripas.

—Que no, que no, por favor —ruega el cocodrilo, preocupado—. Si te comes la Luna, ¿cómo sabrás cuándo es de día y cuándo de noche?

—Vaya, en eso tienes razón, efectivamente.

—Además —continúa el cocodrilo—, mientras la gente de la Tierra duerme, la Luna entra por las rendijas de la persiana,

acaricia sus cabezas y les hace tener sueños bonitos.

—Yo una vez tuve un sueño muy bonito —recuerda Chomin con emoción—. Tal vez fuera por la Luna.

Y claro, ahora le da mucha pena comérsela. Pero ¿qué hacer? Cada vez tiene más hambre.

—Si tienes hambre, no tienes más que decírmelo —le ofrece el cocodrilo.

—Pues te lo digo. Tengo hambre, efectivamente —responde Chomin con cara de sufrimiento.

El cocodrilo saca una bolsita de entre sus pliegues verdes, y se la ofrece.

—Si crees que con eso me quitaré el hambre... —dice Chomin, receloso, mirando en el interior de la bolsa.

—Son lágrimas de cocodrilo. Las exportamos al mundo entero.

Chomin saca un caramelo redondito. Lo mira y lo remira. El cocodrilo se lo explica con paciencia.

—Mira, Chomin, los cocodrilos somos muy llorones, o sea, derramamos muchas lágrimas. Con ellas hacemos caramelos.

—A ver, a ver... —Chomin se come los caramelos de una sentada. Están muy sabrosos, y además le han quitado el hambre.

—Efectivamente —confirma Chomin—, efectivamente.

Después se despide de su nuevo amigo. El cocodrilo le dice adiós agitando la mano y derramando una lágrima gordita.

Allá se va Chomin, volando con su boina giratoria. Llega a casa cansado y satisfecho.

—Y ahora a la camita, que ya es hora.

Se pone el pijama, se limpia los dientes y luego mira por la ventana. La Luna brilla muy brillante en el cielo.

—Buenas noches, cocodrilo.

Después se acuesta a gustito. Está contento, porque tiene un nuevo amigo. Esta noche, la Luna entrará por la ventana y le hará soñar sueños bonitos.

—Efectivamente —murmura—, efectivamente.